

## COTO DE EDITORES Y PLUMAS

José Agustín Goytisolo,  
fabricante de almas

Quando yo le digo —de parte de Ernst Fischer— «la poesía es imprescindible pero me gustaría saber para qué» Goytisolo me repasa tranquilamente, de arriba abajo, y por un momento pienso que estoy en Sausalito y que el bueno de Philippe Marlowe acaba de perdonarme la vida.

—A mí también, de veras, a mí también me gustaría saber para qué es imprescindible; pero lo cierto es que lo es. Al menor para mí.

Goytisolo trabaja en una conocida firma de arquitectos, y es abogado. Goytisolo publica ensayos y libros de poemas, Goytisolo... ¿de qué eres profesional?

—Escribiendo poesía y ensayo no se puede ser un profesional de la literatura. Ni siquiera Neruda lo fue; ganaba dinero porque era diplomático, y de eso era de lo que vivía. Nunca se me ha ocurrido vivir únicamente de la literatura. Ya trabajo desde que acabé la carrera de Derecho, a los veintidós años.

—Entonces tus actividades poéticas, son una especie de «hobby».

—No, no, en absoluto; significan mucho en mi vida. Me interesa mucho más eso que el trabajo que hago. Incluso más que el que ahora estoy haciendo, en este taller de arquitectura, que me gusta mucho... sí, sí, me gusta el trabajo que estoy haciendo, pero lo otro es distinto... La poesía para mí es algo superior. Es lo verdaderamente importante. Y también los ensayos que estoy escribiendo, sobre Julián del Casal, o Lezama. Respecto a Julián del Casal...

—Respecto a Julián del Casal creo que deberías presentárnoslo porque no tengo ni la más remota idea de quien haya podido ser este buen señor.

—Fue un modernista cubano que conoció a Rubén Darío, cuando éste iba a viajar a España. Rubén se quedó unos meses en La Habana, en casa de Julián, y quedó muy influenciado. Bueno, ambos se influenciaron mutuamente. Lo que sí puedo decir es que el «modernismo» Rubén no lo trajo de Nicaragua. Lo trajo de La Habana, y concretamente de su amistad con Julián del Casal.

—Volviendo al tema de la profesionalización debo apuntar ahora la tesis que están actualmente defendiendo varios intelectuales centroeuropeos sobre ello, es decir sobre la importan-

cia de que cada uno arrastre con su profesión hasta las últimas consecuencias, comprometiéndose con ella; ya sea arquitecto, torero o poeta.

—De un lado a mí la especialización me parece monstruosa. De otro lado si un poeta intenta vivir de la poesía ocurren dos cosas: o que se muere de hambre (en un país capitalista) o que acabará por escribir lo que le manden (en una dictadura, ya sea socialista o de derechas), es decir acabará siendo un «poeta oficial».

—Ya que los poetas parece que las pasáis tan macanas, ¿nunca has probado trabajar sobre narrativa?

—No, no; ¿ves? para eso creo que no tendría tiempo. Mi trabajo si que en este caso sería totalmente incompatible con la actividad literaria. Prosa sí que he escrito; en aquella revista que se llamó Siglo XX llevada la crítica literaria. Pero aquella aventura sólo duró 40 o 50 números. Ahora escribo algunos artículos para revistas extranjeras, y luego mis libros de ensayos; es todo lo que hago sobre prosa. Prosa, en el sentido de «creación», no la hago porque creo que no es lo mío.

—Elliot se cuestionaba la «función» de la poesía. Yo ahora te planteo la función del poeta. Al menos en tu más subjetivo y particular punto de vista.

—El escritor tiene en primer lugar una componente de inquietud o de manifestación de personalidad, componente que se da a través de su obra. Además de ello se cree que lo hace bien. Por ejemplo, un pintor no montaría una exposición de sus obras si no fuese un vanidoso. Un escritor que no creyera que lo que hace es bueno, y que está bien hecho, no publicaría su libro. Claro que en un 99 por ciento de los casos la gente está equivocada, pero ésta es otra cuestión. Por tanto, todo «creador» o todo «posible creador» es un vanidoso. Esto es como una chica que enseñe las piernas; no todas las que llevan minifalda las tienen bonitas, pero ellas creen que sí y por eso se la ponen. En mi caso particular, yo tengo una serie de cosas que quiero decir, y las digo; una serie de cuestiones que me duelen, y ahí están publicadas.

—Publicadas, pero de forma muy retringida. No es un secreto para na-



die que la poesía es una actividad artística lamentablemente muy minoritaria.

—Hasta cierto punto, hasta cierto punto. Ten en cuenta que uno de los mayores logros efectivos de difusión, en cuanto a mí se refiere, han sido los poemas que Paco Ibáñez me ha escogido y que va cantando por ahí. Además de los discos y el cassette. Entonces la popularización del poema comienza a ser una cosa un poco más seria de lo que se cree. Además piensa que Paco Ibáñez canta desde el Arcipreste de Hita, hasta los poetas de hoy; y que sus discos se venden en las universidades americanas junto a los libros de texto. Entonces Celalaya, Blas de Otero, José Ángel Valente, etc. entran en un terreno difusor verdaderamente importante. No hay que olvidarlo.

José Agustín Goytisolo acaba de publicar «Bajo Tolerancia» libro que yo, asiduo no-lector de poesía, he recogido con el temor de siempre y estoy leyendo con la avidez de nunca. Tengo un amigo, ingeniero él, que a este tipo de poetas —a estos poetas sin encorsetada métrica y con cosas que decir— les llama con respeto «fabricantes de almas». Les llama así porque según él cada poema es una especie de tábano socrático provisto de alma, que nos zumba cerca de la nuestra para despertarla de una vez.

José Agustín Goytisolo, probablemente sea uno de ellos.

F. MONEGAL